inconsideradamente y con ignorancia, pues evitar por completo la discusión es casi imposible), y si ésta llegara á abrirse paso, las creencias que no están fundadas en una sólida convicción cederían con facilidad ante el más nimio de los argumentos. Si dejando á un lado esta posibilidad se admite que la opinión verdadera queda en el espíritu, quedará como prejuicio, como creencia independiente de su razón y sin su contraste y no es así como debe profesar la verdad un sér racional. Esto no es conocer la verdad. La verdad así profesada no es sino una superstición más, que se acomoda por casualidad á las palabras que expresan una verdad.

Si la inteligencia y el juicio de la especie humana deben cultivarse,—cosa que al menos no niegan los protestantes,—estas facultades no pueden ejercitarse nunca mejor que en las cuestiones que más interesan al hombre, siempre que se crea necesario para él tener opinión sobre ellas. Si la cultura de nuestro entendimiento debe dirigirse más bien á una cosa que á otra, ha de dirigirse con preferencia á saber los motivos de nuestras propias opiniones. Todo lo que se piensa sobre cuestiones en las que es de la más alta importancia discurrir derechamente, debería al menos poderse defender contra las objeciones ordinarias. Pero, se nos dirá quizá:

«Enseñad á los hombres el motivo de sus opi»niones. Pero de que no se haya oido jamás »controvertir éstas no se deduce que existan »sólo en la memoria y no en la inteligencia. Las »personas que estudian la geometría no hacen »más que aprender los teoremas, pero com»prenden y estudian igualmente las demostra»ciones, y sería absurdo decir que ignoran los »principios de las verdades geométricas, porque »jamás las hayan oido negar ó discutir.» Sin duda ninguna, semejante enseñanza basta para una ciencia cómo las matemáticas, en donde no hay absolutamente nada que decir sobre el aspecto falso de la cuestión. Lo que tiene de particular la evidencia de las verdades matemáticas, es que los argumentos están todos de un lado. Allí no hay objeciones ni respuesta á las objeciones. Pero en toda cuestión en la que la diferencia de opiniones es posible, la verdad depende de conservar el equilibrio entre dos sistemas de razones contradictorias. Hasta en la filosofía natural hay siempre alguna otra explicación posible de los mismos hechos: la teoría geocéntrica en oposición á la teoría heliocéntrica; la teoría del *flojístico* en oposición á la teoría del oxígeno, y es preciso demostrar porqué una de las teorías contradictorias no puede ser buena; y hasta que no sabemos cómo se ha demos-

trado esto, no comprendemos los motivos de nuestra opinión. La dificultad acrece si nos dedicamos á asuntos infinitamente más complicados, como la moral, la religión, la política, las relaciones sociales y los negocios de la vida; las tres cuartas partes de los argumentos en favor de cada opinión discutida, consisten en destruir las apariencias que favorecen la opinión contraria. Según su propio testimonio, el más grande orador de la antigüedad, (con excepción de uno tan solo), estudiaba siempre la causa de su adversario con tanta atención, ó quizá más, que la suya propia. Lo que Cicerón hacía para obtener un éxito en el tribunal, debe ser imitado por todos los que estudian un asunto cualquiera con el fin de alcanzar la verdad. El hombre que no conoce más que su propio parecer, no conoce gran cosa. Sus razones pueden ser buenas y hasta puede suceder que nadie sea capaz de refutarlas. Pero si es él igualmente incapaz de refutar las razones de su adversario, si no las conoce, no tiene en realidad motivo de preferencia para sostener una ú otra opinión. La única cosa racional que este hombre debe hacer es suspender su juicio, á menos que le satisfaga no ir más allá de donde ha sido conducido por la autoridad, ó bien se incline, como sucede generalmente, del lado que más le atrae. No basta que un hombre oiga los argumentos de sus adversarios de boca de sus propios maestros presentados como éstos los presentan y acompañados de los que ofrecen como refutación. No es esta la manera de ver claro tales argumentos, ni de poner su espíritu en verdadero contacto con ellos. Deben escucharse de boca de las personas que en ellos creen y que los defienden de buena fe y con entusiasmo: deben conocerse bajo sus formas más plausibles y más persuasivas: se debe sentir en toda su fuerza la dificultad que embaraza y que exije que el asunto se examine bajo todos sus aspectos. De otra manera jamás poseerá un hombre la parte de verdad necesaria para afrontar y vencer la dificultad.

El noventa y nueve por ciento de los que se llaman hombres ilustrados, aun de aquellos que pueden discutir corrientemente en favor de sus ideas, se encuentran en esta extraña situación. Sus conclusiones pueden ser ciertas, pero lo mismo podrían ser falsas sin que ellos se diesen cuenta de semejante cosa; no se han colocado jamás en la posición mental de los que piensan de otra manera que ellos, y no han considerado jamás lo que estas personas pueden tener que decir, por consiguiente no conocen, en el sentido verdadero de la palabra,

la doctrina que profesan. No conocen aquellas partes de su doctrina que explican y justifican el resto; esas consideraciones que demuestran que dos hechos en apariencia contradictorios, son conciliables, ó que de dos razones que al parecer son igualmente fuertes, debe preferirse una á otra. Tales hombres son extraños á toda esta parte de la verdad que, para un espíritu completamente ilustrado, es decisiva y determina sus juicios. Los únicos que conocen realmente son, según esto, los que han escuchado á ambas partes con imparcialidad y han intentado examinar las razones en su forma más evidente. Esta disciplina es tan esencial para la recta comprensión de los problemas morales y humanos, que si no existieran adversarios para todas las verdades importantes, debieran inventarse y proporcionarles los más fuertes argumentos que pueda imaginar el más hábil abogado del diablo.

Para disminuir la fuerza de estas consideraciones, un enemigo de la libre discusión dirá quizá: No es necesario para la humanidad en general conocer y comprender todo lo que puede decirse en pro ó en contra de sus opiniones por los filósofos y los teólogos. No es indispensable para el común de las gentes poder refutar todos los errores y todos los sofismas de un

hábil adversario. Basta con que haya siempre alguno capaz de responder, á fin de que todo el que pudiera engañar á las personas ingnorantes sea refutado. Los espíritus ordinarios, conociendo los principios evidentes de las verdades que profesan, pueden en lo demás fiarse de la autoridad; ya saben que no tienen la ciencia y el talento necesarios para resolver todas las dificultades que pudieran presentárseles; la seguridad de que pueden ser resueltas por las gentes que hacen de esto su oficio, debe bastarles para su tranquilidad.

Aun concediendo á esta manera de pensar todo lo que pueden reclamar en su favor aquellos á quienes no cuesta gran cosa creer la verdad sin comprenderla perfectamente, los derechos del hombre á la libre discusión no se debilitan en manera alguna; porque, aún dentro de esta misma doctrina, la humanidad debería tener la seguridad racional de haber respondido de una manera satisfactoria á todas las objeciones. Ahora bien, ¿como se puede responder, si no se debe hablar? ¿ó cómo puede saberse que la respuesta es satisfactoria, si las personas que presenten las objeciones no han podido decir que no lo eran? Los filósofos y los teólogos que deben resolver las dificultades, ya que no el público, deberían familiarizarse con estas

en su forma más embarazosa, y para ello es preciso que se puedan formular libremente y exhibir bajo su aspecto más favorable. La Iglesia católica trata á su manera este enojoso problema. Traza una línea de demarcación bien pronunciada entre los que deben aceptar sus doctrinas como materia de fe y los que pueden adoptarlas por convicción. La Iglesia no permite á nadie elegir lo que ha de aceptar; pero el clero, al menos allí donde merece por completo su confianza, puede de una manera admisible y meritoria tener conocimiento de los argumentos de los adversarios á fin de contestarlos; puede, por consiguiente, leer los libros heréticos; los láicos no pueden sin un permiso especial, muy difícilmente obtenido. Esta disciplina considera como útil para los maestros conocer la causa contraria; pero, sin inconsecuencia, cree conveniente privar de este conocimiento al resto del mundo, dando así á los más selectos mayor cultura de espíritu, ya que no más libertad que á la masa. Por este medio consigue obtener la especie de superioridad intelectual que requiere su objeto; porque si bien la cultura sin la libertad no ha producido jamás un espíritu ámplio y liberal, se puede obtener sin embargo un hábil *nisi prius* abogado de una causa. Pero no tienen este recurso en los paises

que profesan el protestantismo, puesto que los protestantes sostienen, al menos en teoría, que la responsabilidad por la elección de religión debe pesar sobre cada uno, y no puede ser imputada á los maestros. Por otra parte, en el actual estado del mundo es imposible en la práctica que las obras leídas por las gentes ilustradas sean ignoradas de los demás. Si los maestros de la humanidad deben tener competencia en todo lo que deben saber, es preciso poder escribir y publicarlo todo libremente.

Sin embargo, si la ausencia de libre discusión no causase otro mal, cuando las opiniones recibidas son verdaderas, que mantener á los hombres en la ignorancia de los principios de estas opiniones, podría considerarse esto como un daño, no moral, sino simplemente intelectual, que en nada afecta al valor de las opiniones en cuanto á su influencia sobre el carácter. Pero sucede que la ausencia de discusión hace olvidar no solamente los principios sino con harta frecuencia hasta el mismo sentido de la opinión. Las palabras que lo expresan cesan de sugerir ideas ó no sugieren más que una pequeña porción de aquellas que la dieron origen. En lugar de una concepción fuerte y de una creencia viva, no quedan más que algunas frasses conservadas por rutina, ó si queda algo de sentido,

es solamente la costra ó la corteza, habiéndose perdido la más pura esencia. El gran capítulo que este hecho ocupa y llena en la historia humana, por mucho que se estudie no será nunca suficientemente estudiado y meditado.

En la historia de todas las doctrinas morales y de todas las creencias religiosas se le encuentra. Llenas de vida y de sentido para los que las creen y para sus más inmediatos discípulos, continúan comprendiéndose claramente mientras dura la lucha que ha de dar á la doctrina ó á la creencia la supremacía sobre las demás. Por fin llega un momento en que, ó lo consigue convirtiéndose en la opinión general, ó se paraliza su progreso y guarda el terreno conquistado pero cesa de extenderse. Cuando uno ú otro de estos resultados se ha obtenido aparentemente, la controversia disminuye y se apaga de un modo gradual. La doctrina ocupa el lugar que le corresponde, sino como opinión recibida, al menos como una de las sectas ó divisiones de las opiniones admitidas: los que la profesan la heredan generalmente y no la han adoptado, y siendo entonces las conversiones de una doctrina á otra un hecho excepcional, sus partidarios apenas si se ocupan en convertir. En vez de estar como al principio constantemente alerta, ya para defenderse contra el

mundo, ya para conquistarlo, han llegado á una creencia inerte, y es seguro, que mientras pueden, ni escuchan argumento ninguno contra su credo, ni fatigan á los disidentes (si los hay) con argumentos en su favor. Desde este momento puede fijarse ordinariamente la decadencia de la fuerza vital de una doctrina.

Con frecuencia vemos á los que enseñan las creencias religiosas, quejarse de la dificultad de mantener en el espíritu de los creyentes una concepción viva de la verdad que reconocen nominalmente, de manera que pueda influir sobre sus sentimientos é influir verdaderamente en su conducta. Jamás se quejan de tal dificultad, mientras la creencia lucha aun por imponerse. Entonces los más débiles combatientes saben y sienten porque luchan, y conocen la diferencia que hay entre su doctrina y las otras. También es posible en este momento de la existencia de toda doctrina, encontrar un número de personas que han realizado sus principios fundamentales bajo todas las formas del pensamiento, que los han examinado y estudiado bajo todos sus aspectos importantes, y que han experimentado en cuanto á su carácter todo el efecto que la fe en esta doctrina debería producir en un espíritu profundamente penetrado de ella. Pero cuando ha pasado al estado de creen-

cia hereditaria, y se recibe pasiva y no activamente, cuando el espíritu no está tan obligado á concentrar todas sus facultades sobre las cuestiones que le sugiere su credo, hay una tendencia creciente á no retener más que las fórmulas de la doctrina ó bien á prestarlas un asentimiento inerte é indiferente. Entonces se llega á creer que aceptándola como materia de fe se está dispensado de practicarla á conciencia ó de probarla por experiencia propia, hasta que por fin llega un momento en que casi toda relación desaparece entre esta creencia y la vida interior del sér humano; entonces se ve, lo que hoy es casi general, quedar la creencia religiosa, por decirlo así, al exterior del espíritu, petrificada desde aquel instante contra todas las otras influencias que se dirigen á lo más elevado de nuestra naturaleza; entonces manifiesta su poder poniendo obstáculos á toda convicción nueva y viva, pero no hace otra cosa con respecto al espíritu y al corazón que montar la guardia á fin de conservarlos vacíos.

Cuando se examina como la mayoría de los creyentes profesan el cristianismo, se ve hasta qué punto, doctrinas capaces por sí solas de producir la más profunda impresión sobre el espíritu, pueden reducirse al estado de creencias muertas, sin ser jamás comprendidas por

la imaginación, el sentimiento ó la inteligencia. Entiendo aquí por cristianismo el que tienen por tal todas las iglesias y todas las sectas; las máximas y los preceptos contenidos en el Nuevo Testamento. Todos los cristianos en ejercicio las consideran como sagradas y las aceptan como leyes. Sin embargo, y esto es la pura verdad, no hay quizás un cristiano entre mil que dirija ó que juzgue su conducta individual según estas leyes. El modelo al que cada uno se acomoda es la costumbre de su nación, de su clase ó de su secta religiosa. Así es, que hay de un lado una colección de máximas morales que la sabiduría divina, según él, se ha dignado trasmitirle como regla de conducta, y del otro un conjunto de juicios y prácticas habituales que concuerdan bastante bien con algunas de estas máximas, menos bien con otras, en oposición directa con el resto, y que forma en suma un compromiso entre la creencia cristiana y los intereses y las sugestiones de la vida mundana. Al primero de estos modelos presta el cristiano su acatamienta, al segundo su obediencia verdadera.

Todos los cristianos creen que los pobres, los humildes y todos aquellos que el mundo maltrata son bienaventurados; que es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja, que á un

rico entrar en el reino de los cielos; que no deben juzgar á nadie por miedo de ser juzgados ellos; que no deben jurar; que deben amar á su prógimo como á sí mismo; que si alguno les toma la capa deben darle también su vestido; que no deben preocuparse del día de mañana; que para ser perfectos deben vender todo lo que tienen y darlo á los pobres. No mienten cuando dicen que creen estas cosas. Las creen como creen los hombres todo aquello que han oído elogiar y jamás discutir. Pero en el sentido de una fe viva que regula la conducta, creen nada más que lo preciso para obrar según costumbre. Las doctrinas en su integridad tienen fuerza bastante para anonadar á los adversarios, y se comprende que deben ir siempre por delante (en cuanto sea posible), como los motivos de todo lo que los hombres hacen ó creen hacer digno de elogio. Sin embargo, si alguien les recordase que estas máximas exigen una infinidad de cosas que no piensan hacer jamás, no conseguiría más que ser colocado entre las gentes impopulares que pretenden ser mejores que los demás. Las doctrinas no tienen ningún arraigo en los creyentes ordinarios, ningún poder sobre su espíritu. Conservan, sí, un respeto habitual hacia la cadencia de las palabras, pero carecen del sentimiento que va de éstas al fon-

do de las cosas, obligando al espíritu á tomarlas en consideración para formar la base de su conducta. Siempre que de conducta se trata, miran los hombres á su alrededor para saber de D. A. y D. B. hasta qué punto deben obedecer á Cristo.

Bien puede asegurarse que los primeros cristianos procedían de modo muy distinto; si hubiesen procedido como los actuales el cristianismo no hubiera llegado jamás desde una secta obscura de un pueblo despreciado á ser la religión del imperio romano. Cuando sus enemigos, decían: «Ved cómo los cristianos se aman los unos á los otros» (observación que, al menos aparentemente, nadie haría hoy), sentían de seguro tan vivamente el alcance de su creencia como no la han sentido ya nunca. Esta es sin duda alguna la razón de por qué el cristianismo hace ahora tan escasos progresos, encontrándose al cabo de dieciocho siglos casi limitado á los europeos y á los descendientes de los europeos. De ordinario, aun aquellas personas que tomando en serio sus doctrinas y comprendiendo mejor su sentido que la generalidad, son estrictamente religiosas, sólo tienen presente en su espíritu, de una manera activa, la parte de su credo religioso hecha por Calvino, Knox ó algún otro creyente de un carácter aná-

logo al suyo. Las palabras de Cristo coexisten pasivamente en su espíritu, sin que produzcan otro efecto que el de una audición maquinal de palabras tan dulces. Es verdad que hay muchas razones para que las doctrinas inscritas en la bandera de una secta particular conserven más vitalidad que las doctrinas comunes á todas las sectas reconocidas, y para que los que las enseñan tengan más cuidado en inculcar todo su sentido; pero la principal de todas es que estas doctrinas son más discutidas, y hay con más frecuencia que defenderlas de enérgicos adversarios. Desde que deja de temerse al enemigo, lo mismo los que enseñan que los que aprenden se duermen en sus puestos.

Y lo mismo que hemos dicho de la moral y de la religión puede decirse de toda doctrina tradicional referente á la prudencia en el obrar y al conocimiento de la vida. Todas las lenguas y todas las literaturas abundan en observaciones generales sobre la manera de conducirse en la vida; observaciones que cada uno conoce, que cada uno repite ó escucha con asentimiento, pero que se consideran como vulgaridades, y de las que no se aprende generalmente su verdadero sentido más que cuando la experiencia las transforma para nosotros en realidad, casi siempre penosa. ¡Cuántas veces una per-

sona, al sufrir un mal ó sentir un desaliento, no recuerda algún proverbio ó algún dicho que le hubiera ahorrado esta calamidad, si hubiera comprendido siempre su sentido! Es verdad que hay otras razones para esto más que la de la ausencia de toda discusión; hay muchas verdades cuyo total sentido no puede comprenderse sino cuando la experiencia personal nos la ha enseñado; pero, aun respecto á éstas, su sentido sería más ó menos comprensible si el hombre se acostumbrara á oir discutir el pro ó el contra á los que de ello entienden. La tendencia fatal de la especie humana á dejar á un lado las cosas desde que no le inspiran dudas, ha producido la mitad de sus errores. Un autor contemporáneo ha descrito perfectamente el sueño profundo de una opinión hecha y paralizada.

¿Pero qué—se preguntará alguno—es que la ausencia de unanimidad es condición indispensable al verdadero saber? ¿Es necesario que una parte de la humanidad persista en el error para que la otra pueda comprender la verdad? ¿Es que una creencia deja de ser verdadera y viva tan pronto como es aceptada por la generalidad? ¿Es que una proposición no puede comprenderse y sentirse por completo si no se conserva en frente de ella alguna duda? ¿Es

que una verdad perece tan pronto como la humanidad la acepta unánimemente? ¿Se ha considerado siempre la aquiescencia, cada vez más unánime, de los hombres á las verdades más importantes como el objeto más elevado y grande del progreso de la inteligencia? ¿Es que la inteligencia no dura más que en tanto que no ha conseguido su objeto? ¿Es que la plenitud de la victoria destruye los frutos de la conquista?

No afirmo semejante cosa. A medida que la humanidad progresa, el número de las doctrinas que dejan de ser materia de discusión y de duda aumenta constantemente, y el bienestar de la humanidad puede casi medirse por el número y la importancia de las verdades que llegan á ser incontestables. La terminación primero sobre un punto, después sobre otro, de toda controversia seria, es uno de los incidentes necesarios de la consolidación de la opinión; consolidación tan saludable cuando se trata de una opinión justa como peligrosa y perjudicial cuando las opiniones son erróneas. Pero aunque esta disminución gradual de la diversidad de opiniones sea necesaria, en toda la fuerza de la palabra, siendo á la vez inevitable é indispensable, no estamos por eso obligados á deducir que todas sus consecuencias son beneficiosas. La necesidad de explicar ó defender constantemente

una verdad ayuda también á comprenderla en toda su fuerza, y esta ventaja, aunque no la exceda, podria casi equilibrar la del reconocimiento universal de la verdad. Confieso que quisiera ver á los rectores de la especie humana, allí donde no poseen ya tal ventaja, tratar de reemplazarla por otra. Quisiera verles creando algún medio de presentar tan de relieve al espíritu de los hombres las dificultades de la cuestión, como lo haría un adversario deseoso de anonadarles.

Pero en lugar de buscar semejantes medios han perdido los que tenían en otro tiempo. Uno de ellos era la dialéctica de Sócrates, de la que Platón nos da en sus diálogos tan magníficos ejemplos. Consisten éstos esencialmente en una discusión negativa de las grandes cuestiones de la filosofía y de la vida, dirigida con un arte consumado, por virtud de la que se proponía su autor demostrar á quien hubiese admitido tan solo los lugares comunes de la opinión recibida, que no comprendía el asunto, y que no había dado todavía ningún sentido definido á las doctrinas que profesaba, para de esta manera ilustrarle acerca de su ignorancia, y ponerle en condiciones de hacerse una creencia sólida que descansase en una concepción clara del sentido verdadero de las doctrinas. Las disputas de las

escuelas de la Edad media tenían un objeto muy parecido. Se quería asegurar por este medio que el discípulo comprendiese su propia opinión y, por una correlación necesaria, la contraria, y que pudiese apoyar los motivos de la una y refutar los de la otra. Estas disputas tenían, en verdad, el defecto irremediable de sacar sus premisas, no de la razón, sino de la autoridad, y como disciplina para el espíritu eran inferiores bajo todos puntos de vista á esta dialéctica poderosa que formó la inteligencia de los *Socratici viri;* sin embargo, el espíritu moderno debe mucho más á ambos que lo que de ordinario se reconoce, y los diversos modos de educación de hoy día no contienen nada que pueda reemplazar aproximadamente á cualquiera de los dos. Una persona que adquiera toda su instrucción de los profesores ó de los libros, aun escapando á la tentación habitual de contentarse con aprender sin comprender, no está en manera alguna obligada á examinar los dos aspectos de una cuestión. Es muy raro, aun entre los pensadores, que haya quien conozca por completo un asunto de esta manera: la parte más débil de lo que cada uno dice para defender su opinión es lo que asigna como réplica de los adversarios. Hoy está de moda despreciar la lógica negativa, la que indica los puntos flacos

de la teoría ó los errores de la práctica sin establecer verdades positivas. A decir verdad, semejante crítica negativa sería triste como resultado final; pero como medio de obtener un conocimiento positivo ó una convicción digna de este nombre, no hay palabras bastantes para alabarla. Y hasta que los hombres sean de nuevo sistemáticamente encaminados á ésto son imposibles los grandes pensadores, y el nivel ordinario de las inteligencias será muy bajo en todo aquello que no se refiera á las matemáticas y á las ciencias físicas. En cualquier otro asunto las opiniones de un hombre no merecen el nombre de conocimientos hasta tanto que ha seguido de grado ó por fuerza la marcha intelectual á que le hubiera obligado una controversia activa con los adversarios. Como se ve, es más que absurdo renunciar, cuando se ofrece por sí misma, á una ventaja que es tan indispensable, pero tan difícil de sustituir cuando falta. Si pues hay personas que combaten una opinión reinante ó que lo harían si la ley se lo permitiera, démosles las gracias, escuchémosles y regocijémonos de que haga alguno por nosotros lo que de otra manera (por poco que estimemos la certidumbre ó la vitalidad de nuestras convicciones) deberíamos hacer nosotros mismos con mucha mayor pena.